

En seguida llamó á sus ayudantes, les repartió los impresos y les dijo: —Háganlos leer en toda la línea, cuando de que al concluir se grite fuertemente: viva el general Díaz! viva el plan de la Noria!

CAPITULO XVI.

ALOJAMIENTO DE QUIROGA.

Aquello vino á reanimar el espíritu de la tropa que veía correr los días unos tras otros sin que se alcanzara una ventaja positiva, pues como que los sitiados estaban siempre alerta y defendían el terreno pulgada por pulgada con buenas tropas de línea, nada podíamos hacerles en verdad, equilibradas como se encontraban nuestras fuerzas.

A esta sazón ocurrió que uno de los jefes mas valientes de la Division Martinez, que habia sido destacado para proporcionar algunos recursos, el general Bibiano Hernández, llegó al campamento. Con quien primero tuvo que encontrarse fué con el general en jefe y este le ordenó que con sus doscientos hombres mal municionados ocupara el punto del Calvario, po-

sición aislada del enemigo y que no tenía mas alturas inmediatas que la defendieran que las torres del mismo edificio.

Aunque Bibiano Hernández iba á ciegas, no conociendo ni el terreno que iba á cruzar, ni el enemigo con quien tenía que habérselas, ni la situación de la fortaleza, ni nada de lo que era preciso para el mejor éxito de sus operaciones, la orden fué perentoria y se apresuró á obedecerla.

Sin siquiera tomarse quince minutos de descanso, mandó dar media vuelta y siguió al ayudante que debía indicarle la dirección. Mientras reconocía las posiciones, descendieron las sombras de la noche y aprovechándose de ellas atacó inmediatamente la fortaleza con tan buen éxito que los soldados de la guarnición sorprendidos de tan mesperado ataque huyeron á toda prisa para la plaza.

Lo difícil en la guerra no es asaltar un fuerte y tomarlo, sino poderlo conservar despues de agotadas las municiones, cuando viene á recuperarlo una columna de tropas de refresco. Muy pocos son los jefes que pueden poner en orden á sus soldados dentro de un reducto obligándoles á guardar el parque para el momento preciso. El soldado no quiere que se aproxime el momento de ver al enemigo cargando á la bayoneta y por eso comienza á hacerle fuego desde que lo avista pretendiendo intimidarlo con el ruido de un fuego graneado, sin comprender que lo pierde tanto apresuramiento.

Inmediatamente que Zepeda y Carrillo supieron

que habían sido desalojados del Calvario los cincuenta ó sesenta hombres que sostenían la posición, aunque aislada, comprendieron que podía servir de apoyo para atacar á la ciudad por sus puntos más débiles y se resolvieron á recuperarlo, cargando cuatrocientos hombres de sus reservas. El combate volvió á empeñarse á la media noche con mucha violencia por aquel rumbo. Desde los puntos altos que ocupábamos veíamos allá abajo los fuegos de los defensores de la posición y los de los que la atacaban, de un modo fantástico, viniendo á silvar muchas de aquellas balas cerca de nosotros. Recuerdo que un ordenanza de Andres Martinez que había venido á mi alojamiento por un caballo de refresco y que había ayudado á mi asistente á ensillar el mío, al poner las riendas en mis manos para alejarse fué herido del brazo.

Todos tuvimos que ponernos sobre las armas, haciéndose como en todas las veces en que había un ataque de un punto, el combate general en toda la línea. Es decir, no se peleaba en realidad en toda la línea, pero se hacía fuego quemándose gran cantidad de pólvora en arrojar proyectiles que iban á estrellarse en las trincheras que defendían á unos y á otros.

Verdaderamente en donde estaba empeñado el combate era en aquel punto que trataban de recuperar los sitiados y que lo atacaban con artillería é infantería de la manera más vigorosa.

En los momentos en que estaba más empeñado el combate, supe que Bibiano Hernández mandaba por

segunda vez pedir con urgencia refuerzos y municiones. Lo que más reclamaba eran municiones pues ya no le quedaba más que un número muy reducido de tiros por plaza. Iba á tener que rendirse por falta de cartuchos.

—¿Y le han mandado los auxilios que pide? pregunté.

—No.

—A quien se ha dirigido pidiéndolos?

—Al general Treviño.

—Y este no lo ha auxiliado?

—No señor.

Entonces monté en mi caballo y al galope largo, y seguido de mi asistente me encaminé al Cuartel General.

Treviño estaba de pié rodeado de todo su estado mayor. Desde el punto en que se encontraba, se dominaba perfectamente el panorama y se veía muy bien que los fuegos de nuestra gente que defendía el edificio atacado eran muy flojos. Casi puede decirse que iban apagándose como exhalaciones.

En ese momento llegó un oficial, á quien le habían matado su caballo pié á tierra pidiendo otra vez más auxilios como enviado del general Bibiano Hernández.

—Quien está allí á caballo? preguntó Treviño.

—Yo, le contesté.

—Bueno: vd. que está montado vaya y diga al general Laing, que auxilie con su cuerpo al Calvario, pero inmediatamente.

Volví la cara y comuniqué la misma orden á mi criado quien partió al galope á cumplirla.

En el estado tan tirante en que nos hallábamos allí unos y otros, comprendí que teniendo Treviño tantos ayudantes á su alrededor, bien podia desde antes haber encargado á alguno de ellos de la comision, aunque hubiera tenido que ir á pié á desempeñarla, porque el punto que ocupaba Laing con una de las reservas no distaba de allí trescientos metros. Además me proponia dirigir algun reproche al general en jefe, respecto del abandono en que habia dejado aquella fuerza sacrificando á uno de nuestros jefes mas valientes.

General, le dije, ya va mi asistente á cumplir la orden de vd. y la cumplirá mejor que si yo fuera; pero ¿no le parece á vd. que ese auxilio será ya infructuoso?

—Ha sido una leccion esta para Hernández, para que no vuelva á consumir todas sus municiones imprudentemente, me contestó.

Ya parece que concluyó todo, dije señalando el punto del combate, en donde solo se veia uno que otro fogonazo y se oia una que otra detonacion.

—Se han retirado los asaltantes, dijo uno. —Cómo se habian de retirar si ya no habia parque con qué hacerles fuego? dije yo con un ímpetu que apenas podia contener.

Se trataba á la vez de mandar uno ó dos ayudantes para que acompañaran á Laing, cuya columna pintando una faja negra en el horizonte comenzaba á destacarse, cuando llegó otro oficial disperso diciendo que

los de adentro habian recobrado la posicion, muriendo allí la mayor parte de los nuestros. Ignoraba la suerte que habria corrido el general Bibiano Hernández.

—Mi asistente volvió y nos dirigimos ambos á nuestra línea en busca del general Martinez.

Allí estaba ya Bibiano Hernández rodeado de todos los nuestros que le felicitaban por la hazaña brillante que habia hecho apenas llegado á nuestro campo. En seis horas habia batido el cobre al enemigo tomándole una posicion y la habia vuelto á perder despues de disputársela sin parque ni soldados y sin recibir refuerzo alguno.

No pongo las palabras que se pronunciaron allí porque ya el lector debe suponérselas. Todos acusaban á Treviño de haber sacrificado á una fuerza nuestra y de haber querido que pareciera tambien uno de los jefes principales de la division de Martinez.

Verdaderamente parecia increíble que no hubieran quedado debajo de los escombros de aquella posicion el valiente jefe con todos sus soldados, despues de haberse visto aquel breve pero muy animado combate que parecia ser sostenido por dos mil hombres y no por cien que eran los de la fortaleza cuando fué atacada. Sesenta ó setenta habian sido destacados á sostener un flanco y no habian podido volver á incorporarse.

Asi es que la defensa del fuerte se hizo con cien hombres mal armados y peor municionados contra

una columna de refresco de cuatrocientos, apoyada con artillería.

Aquí también hay que hacer mención de un suceso que estábamos tratando entonces y el cual era considerado como uno de los más delicados de aquella época.

En la frontera americana, en el pueblo Laredo de Texas, vivía un general mexicano de los más valientes y más audaces que ha tenido nuestro ejército, habiendo tenido en nuestras guerras intestinas hazañas que habían hecho fijar en él la atención.

Por ser leal al jefe que lo había sacado á la escena, al general Vidaurri, y por seguir las opiniones políticas que se le habían formado en el ejército permanente, había prestado sus servicios al imperio. Fué perseguido y después de ver fusilar á su amigo y protector en México, pasando trabajos increíbles logró refugiarse al país vecino y aun allí mismo fué seguido de la saña de Treviño y Naranjo que lo odiaban de muerte.

No podían ser amigos de los que fueran amigos de Quiroga y por eso eran enemigos también del general D. Juan Guerra.

Pero es el caso que yo había sido muy bien tratado por aquel general Quiroga, que me había recibido en su casa, que me había asegurado que tenía ideas tan liberales como el mismo Juárez, y los más vivos deseos de que fueran conocidas en la práctica, que quería rehabilitarse, que estaba arrepentido muy de veras de haberse echado la mancha de traidor y que

en fin quería revolucionar con nosotros cuando fuera oportuno.

Después seguimos en relaciones y le dijimos en carta Martínez y yo que ya había llegado el momento oportuno.

Desde que estábamos en Galeana, recibimos cartas de Quiroga en que nos decía que ya se estaba preparando para presentarse á nuestro lado con unos quinientos hombres cuando menos de buena fuerza.

Ya nadie se acordaba de Quiroga, cuando recibimos un correo que nos mandaba á mi y á Martínez. Se encontraba á cinco leguas y traía á sus órdenes alguna gente de infantería y caballería que se le había incorporado. Allí estaban con él todos aquellos valientes oficiales que en defensa de causas más malas le habían proporcionado tan brillantes victorias.

Fué necesario avisar al general en jefe que allí estaba aquella fuerza que quería incorporarse á nuestra división. Treviño y Naranjo nos opusieron una viva resistencia, diciéndonos que Quiroga era el mayor bandido, el mayor traidor y el más infame de los mexicanos, pero que no estábamos en situación de rehusar aquel auxilio ni de hacernos de un enemigo sumamente peligroso y convinieron en aceptarlo, fingiendo que les causaba placer aquella incorporación.

Quiroga se acercaba con desconfianza, pero desde luego que nos vió á nosotros que fuimos á recibirlo, dejó su fuerza y no tuvo embarazo en acompañarnos al Cuartel General.

Treviño y Naranjo no son diplomáticos, así es que

por mas que quisieron disimular la repugnancia que les inspiraba Quiroga, siempre la dieron á conocer hasta en el timbre de la voz y en lo inseguro de las palabras.

Treviño le dijo á Quiroga señalándole el terrible fuerte levantado por Guiccioni en la cumbre de la Montaña y cuyo fuerte nos seguia haciendo daño con su artillería impidiendo que hiciera algun progreso nuestra línea.

—General: allí está el alojamiento de vd.

—Es un fuerte del enemigo? preguntó Quiroga con calma.

—Sí.

—A que horas quiere vd. que lo tome?

—En la madrugada: antes que aparezca la primera luz, yo haré la señal con un cohete.

—Está bien.

Quiroga saludó y se fué acompañado de muchos oficiales y paisanos suyos que lo estimaban.

El general Martínez y yo nos quedamos procurando desvanecer las malas impresiones que tenían de Quiroga aquellos jefes fronterizos, quienes deseaban que muriera de una vez en aquella comision temeraria que le habian designado.

Todos estuvimos despiertos en nuestros alojamientos y con los caballos ensillados por lo que pudiera suceder, esperando el cohete que habia de lanzar Treviño.

Eran las cuatro de la mañana cuando un gran cohete se elevó á las nubes desde el Cuartel General.

Al mismo tiempo casi salieron fognazos de toda la artillería del fuerte que muy presto no volvieron á oirse mas. El fuego de fusilería no acertaba á verse y se oia muy sofocado.

—Qué habrá sucedido? preguntábamos.

—Habrán rechazado á Quiroga?

De improviso resonó el toque de diana en el fuerte y fué repetido en los puntos de nuestra línea mas inmediatos.

Quiroga habia atacado el fuerte de improviso y lo habia tomado, enviándole á Treviño un parte verbal en que le decia:

Que estaba en el alojamiento que se le habia designado y que esperaba nuevas órdenes parecidas á aquella para tener el gusto de seguirlas cumpliendo.

Hasta los tigres se hubieran humanizado con aquella noble conducta y sin embargo, cómo no se extinguió el odio que se profesaba al general Quiroga, tendremos oportunidad de observarlo mas adelante.